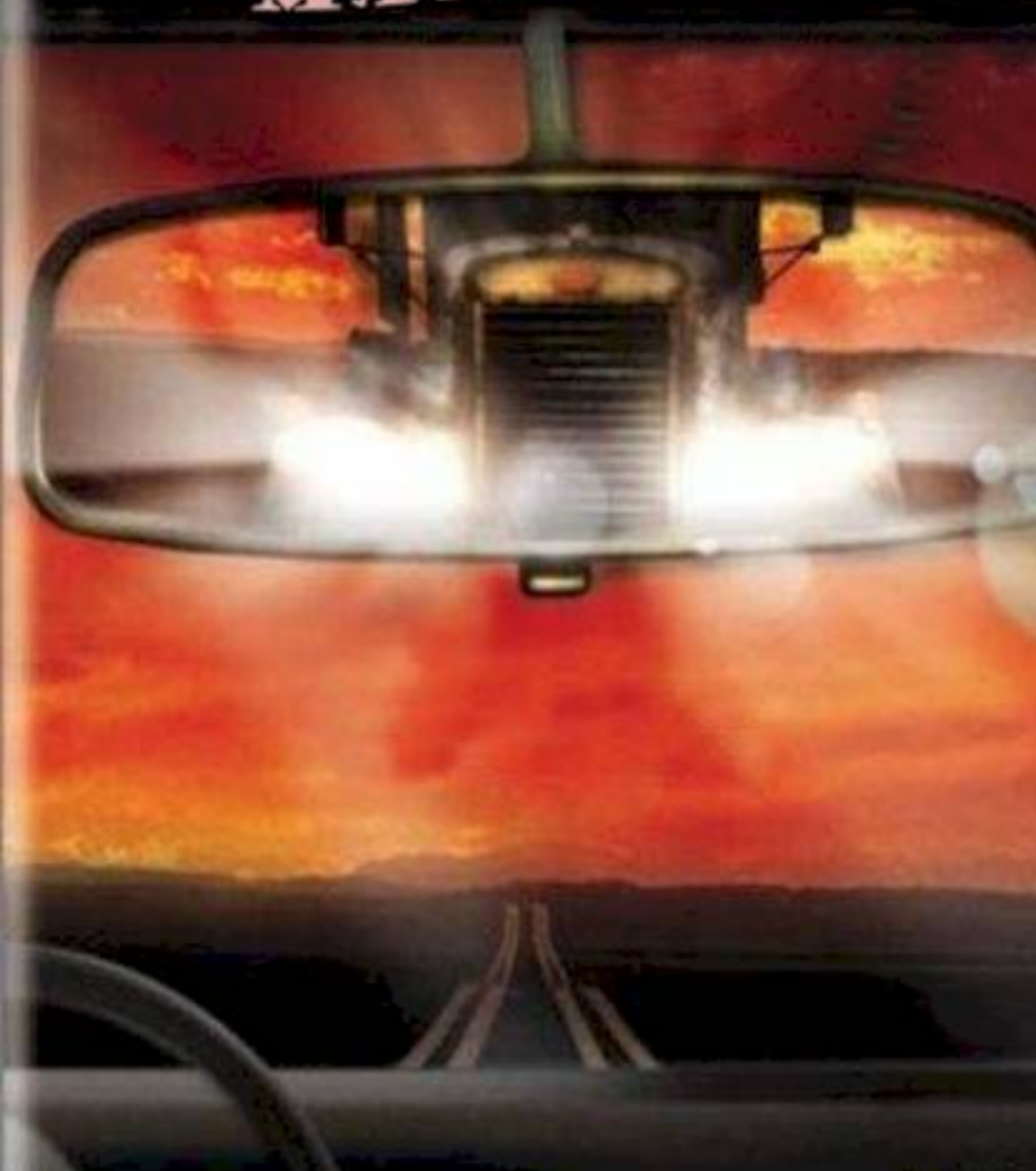


DUELO

**RICHARD
MATHESON**



Cuando Mann intenta adelantar a un camión cisterna no se imagina que el conductor se lo tomará como una ofensa personal. A partir de ese momento, el diabólico camionero someterá al asombrado conductor a una persecución mortal...

Inspirada en una experiencia real de Matheson, que fue acosado por un camión mientras regresaba a casa tras jugar al golf con su amigo Jerry Sohl el 22 de noviembre de 1963, el mismo día del asesinato de Kennedy.

Publicada inicialmente en *Playboy*, esta historia corta fue adaptada por el mismo Matheson para el telefilme *El diablo sobre ruedas* (1971), primer éxito de Spielberg.

DUELO

A las 11 y 32 de la mañana, Mann pasó al camión.

Se dirigía hacia el oeste, con rumbo a San Francisco. Era jueves y extrañamente caluroso para ser abril. Se había quitado la chaqueta del traje y la corbata, y su camisa lucía el cuello abierto y sus puños estaban arremangados hasta los codos. La luz del sol bañaba su brazo izquierdo y parte de su regazo. Podía sentir el calor atravesando sus pantalones oscuros mientras conducía por la carretera estatal de dos carriles. En los últimos veinte minutos, no había notado ningún otro vehículo transitando en una dirección o en la otra. Entonces vio al camión adelante, remontando un tramo en pendiente entre dos altas colinas verdes. Pudo sentir la tracción demoledora de su motor y vio una sombra doble en la carretera. El camión acarreaba un acoplado. No prestó especial atención a los detalles del camión. Al ubicarse detrás de él, enfiló su coche hacia el carril opuesto. La carretera presentaba adelante muchas curvas ciegas y no se animó a adelantarse hasta que el camión hubiera cruzado las colinas; así que esperó hasta que el camión rodeara una curva hacia la izquierda en el descenso; entonces, viendo el camino libre, pisó el acelerador y dirigió su coche por la senda opuesta. Mantuvo la velocidad hasta que pudo ver al camión en el espejo retrovisor antes de volver al carril derecho.

Mann observó el panorama rural que se le presentaba por delante. El horizonte era una serie de cadenas monta-

ñosas hasta donde podía divisar y todo alrededor, verdes colinas onduladas. Silbó suavemente mientras desaceleraba el coche y sus neumáticos crepitaron en el pavimento.

Al pie de la colina, atravesó un puente de concreto y, volviendo su mirada hacia la derecha, vio un riachuelo seco cubierto de rocas y grava. Mientras se alejaba del puente, notó un parque de casas rodantes acampadas al costado de la ruta. *¿Cómo podría alguien vivir en estos lugares?* pensó. Al ver el letrero CEMENTERIO DE MASCOTAS sonrió. Tal vez a las personas en esos remolques les guste estar cerca de las tumbas de sus perros y sus gatos.

Ahora, la carretera por delante era una línea recta. Mann, siempre con el sol en su brazo y en su regazo, se abandonó a la deriva de sus pensamientos. Se preguntó que estaría haciendo Ruth en estos momentos. Los niños, naturalmente, estarían en la escuela y volverían a casa en algunas horas. Tal vez Ruth estuviera de compras; los jueves son los días en que ella usualmente sale. Mann la visualizó en el supermercado, metiendo artículos diversos en la canasta del carrito. Deseó estar con ella, en lugar de emprender este enésimo viaje de ventas. Le quedaban aún algunas horas de recorrido antes de alcanzar San Francisco; tres días pernoctando en hoteles y comiendo en restaurantes, con la esperanza de conseguir algunos contactos interesantes y desde luego, las probables decepciones. Suspiró; luego, impulsivamente, estiró el brazo y prendió la radio. Hizo girar el sintonizador hasta encontrar una estación que transmitía música suave, inocua. Canturreó un poco, con los ojos casi fuera de foco en el camino por delante.

Se quedó aturdido cuando el camión se le adelantó atronadoramente sobre su izquierda, haciendo oscilar ligeramente el auto. Observó al camión y su acoplado cerrarle el paso abruptamente sobre su carril y frunció el ceño al tener que aminorar la marcha para mantenerse a una distancia segura del acoplado.

¿Qué pasa contigo? Pensó.

Le dirigió al camión una mirada escrutadora. Era un enorme transporte de combustible, remolcando un tanque cisterna, cada uno de ellos con seis pares de ruedas. No era nuevo: estaba oxidado aquí y allá y lleno de abolladuras, casi a punto de jubilarse. Los tanques estaban pintados torpe y descuidadamente, de un color entre plateado y sucio. Mann se preguntó si ese trabajo de pintura lo habría hecho el camionero por sí mismo. Su mirada derivó desde la palabra INFLAMABLE impresa en la parte trasera del tanque del acoplado, letras rojas sobre un fondo blanco, hasta las líneas paralelas de pintura roja reflectante que bajaban y se perdían en la mugre de los inmensos faldones de caucho, que aleteaban cimbreados tras las ruedas traseras. Las líneas reflectantes lucían como si hubieran sido toscamente pintadas con un esténcil. *El conductor debe ser un transportista independiente, pensó, y no muy próspero, dado el aspecto general de su transporte.* Le dio una ojeada a la matrícula del remolque. Era de California.

Mann chequeó su velocímetro. Se mantenía estable a 85 kilómetros por hora, como hacía siempre cuando conducía en carretera abierta. El camionero ha debido moverse por lo menos a 115, para haberlo pasado tan rápidamente. Eso parecía un poco extraño. *¿No se supone que los camioneros están obligados a conducir a una velocidad prudente?*

Hizo una mueca de asco al recibir el olor del caño de escape del camión y lo miró. Era un tubo vertical a la izquierda de la cabina. Expulsaba un humo tan espeso que formaba una nube que oscurecía el costado y la parte trasera del acoplado. *Cristo, pensó. Con toda la manija que se está dando sobre la contaminación ambiental, ¿por qué se sigue tolerando esta clase de cosas en las carreteras?*

Ceñudo por la constante humareda, experimentó una pequeña náusea. Sabía que no podía quedarse detrás del camión mucho tiempo. Tendría que adelantarse al camión otra vez o disminuir la velocidad, pero no podía darse el lu-

jo de retrasarse; ya bastante atraso tenía. Si seguía manteniendo los 85 kilómetros por hora hasta el final, apenas llegaría a tiempo para su cita de esta tarde. No, tendría que adelantarse.

Oprimiendo el acelerador, giró a la izquierda hacia la senda opuesta. Ningún vehículo adelante. El tráfico de hoy en esta ruta parecía casi inexistente. Aceleró a fondo y comenzó a adelantarse al camión.

A medida que lo pasaba, lo fue recorriendo con la vista. La cabina del conductor estaba demasiado alta para ver adentro. Todo lo que pudo llegar a divisar fue el dorso de la mano izquierda del conductor en el volante. Era robusta y oscuramente bronceada, con grandes y nudosas venas.

En el momento en que Mann pudo ver el camión en el espejo retrovisor, giró de regreso a la mano derecha de la ruta.

Sorprendido por un insistente y explosivo trompetazo de la bocina regresó la vista al espejo retrovisor. *¿Qué fue eso? ¿Un saludo o una maldición?* Se preguntó, gruñendo divertido, siempre con los ojos fijos en el espejo. Los roñosos guardafangos delanteros del camión eran de un color entre púrpura y rojo, y la pintura lucía opaca y descascarada; otro trabajo de novato. Todo lo que se podía ver era la porción inferior del camión; el resto estaba recortado por la parte superior de su parabrisas trasero.

Ahora, Mann dirigió la mirada a su derecha. Vio una cuesta de terreno esquistoso, como tierra con parches de maleza y cubierto de hierba. Su vista se fijó en la casita de madera encima de la cuesta.

La antena aérea en su techo se combaba en un ángulo de casi 40 grados. *Debe dar una gran recepción,* pensó.

Miró hacia el frente otra vez, apartando la vista abruptamente hacia un tosco cartel de aglomerado pintado a la brocha en letras mayúsculas: CARNADA PARA REPTANTES NOCTURNOS *¿Qué diablos sería un reptante nocturno?* se

preguntó. Sonaba como a algún monstruo de película clase B.

El inesperado rugido del motor del camión le hizo volver su mirada precipitadamente al retrovisor y, alarmado, chequeó el espejo lateral izquierdo. *Por Dios, este tipo me está pasando de nuevo.* Mann volteó su cabeza para mirar sulfurado la forma del leviatán que estaba adelantándosele. La cabina seguía fuera de su campo visual.

¿Qué le pasa a este tipo? se preguntó. ¿Qué cuernos cree que tenemos aquí, una competencia? ¿Ver que vehículo puede quedarse adelante más tiempo?

Pensó en acelerar para quedarse adelante pero cambió de idea. Cuando el camión y el acoplado recuperaron la mano derecha delante de su auto, Mann aflojó el acelerador, soltando un sonido de incredulidad cuando se dio cuenta que si no hubiera bajado la velocidad, el camión le hubiera cortado nuevamente el paso. *Cristo, pensó. ¿Qué le pasa a este tipo?*

Su malhumor aumentó cuando la oleosa pestilencia del caño de escape del camión alcanzó su nariz otra vez. Irritado, giró con violencia la manija de la ventanilla y la cerró. *Maldita sea, pensó ¿Voy a tener que respirar esta porquería todo el camino hasta San Francisco?* No podía permitirse aminorar la velocidad. Tenía que entrevistarse con Forbes a las tres y cuarto de la tarde sí o sí. Miró adelante. Al menos no había tráfico complicando el asunto. Mann pisó el acelerador, ubicándose cerca por detrás del camión. Cuando la carretera se curvó lo suficiente como para darle una vista completamente libre del camino, pisó a fondo el acelerador y se apostó en la mano opuesta.

El camión se le tiró encima, bloqueándole el paso.

Por algunos segundos, todo lo que pudo hacer Mann fue mirar aturdidamente hacia adelante. Luego, con un gemido alarmado, aminoró impulsivamente la marcha, regresando a la mano derecha. El camión se movió para volver a quedar delante de él.

Mann no podía permitirse aceptar qué aquello aparentemente había tenido lugar. Tenía que haber sido una coincidencia. Ese camionero no podía haberlo bloqueado a propósito. Esperó más de un minuto, entonces prendió la luz de giro para dejar en claro cuales eran sus intenciones y, oprimiendo el acelerador, enfiló otra vez hacia el carril izquierdo.

Inmediatamente, el camión cambió de posición, cortándole el paso.

—¡CRISTO! —gritó Mann, completamente asombrado. Esto era increíble. En los veintiséis años que llevaba manejando un auto, jamás había visto algo parecido. Regresó al carril derecho, negando con la cabeza al ver que el camión hacía lo mismo.

Desaceleró un poco, tratando de ubicarse fuera del alcance del humo del escape.

¿Y ahora, qué? se preguntó. San Francisco aún lo esperaba. ¿Por qué en nombre de Dios no se desvió al principio del viaje para tomar cómodamente la autopista estatal? Esta condenada carretera era de dos carriles hasta el final. Impulsivamente, aceleró hacia la izquierda otra vez. Para su sorpresa, el camionero no lo cerró. En lugar de eso, asomó su tostado brazo izquierdo y lo ondeó, haciéndole la señal de paso. Mann comenzó a acelerar. Repentinamente, aflojó el pedal con un jadeo y giró el volante tan bruscamente para enfilarse tras el camión, que la parte trasera del auto comenzó a culebrear. Mientras luchaba por recuperar el control, un descapotable azul pasó como un rayo en sentido contrario. Mann consiguió captar una visión momentánea de la iracunda mirada de su conductor.

Respirando agitadamente, Mann recobró el control de su auto otra vez.

Su corazón latía casi dolorosamente. *¡Por Dios! Pensó, ¡Quiso mandarme al choque contra ese auto!* Este pensamiento lo galvanizó. Aunque, debería haber comprobado por sí mismo que la carretera adelante estuviese libre; ESE

fue su error. *Pero no paraba de hacer señas con la mano...* Mann se sintió consternado y enfermo. *Ay, Dios, Ay, Dios,* pensó. *Esto es realmente un caso de estudio. ¿Ese hijo de puta habría querido estrellarlo porque sí, sólo para contemplar el espectáculo?* Se negó a dejar entrar esa idea en su cabeza. *¿En una carretera de California, en una mañana de jueves? ¿Por qué?*

Mann trató de calmarse y racionalizar el incidente. *Tal vez es el calor,* pensó. Tal vez el camionero estaba estresado o le dolía el estómago; tal vez las dos cosas. Quizás había tenido una pelea con su esposa anoche; quizás ella le había dicho «esta noche no». Mann trató en vano de sonreír. Podría existir un sinfín de motivos. Estiró el brazo y apagó la radio. Esa música alegre empezaba a irritarlo.

Por varios minutos, mantuvo su distancia detrás del camión. Su cara era una máscara de animosidad.

Cuando la humareda empezó a asquear su estómago, repentinamente apoyó la palma derecha sobre la barra de la bocina y la mantuvo apretada allí. Viendo que la ruta adelante estaba despejada, pisó el pedal del acelerador y se dirigió al carril opuesto.

El movimiento de su coche fue igualado inmediatamente por el camión.

Mann se mantuvo en su curso, con su mano oprimida en la barra del claxon. *¡Quítate del medio, hijo de una gran puta!* Vociferó en su cabeza. Podía sentir los músculos de su mandíbula endureciéndose con dolor. Hubo una contorsión en su estómago.

—¡MIERDA!

Intempestivamente volvió al carril derecho, estremeciéndose furioso.

—Eres un miserable hijo de puta —masculló, fulminando con la mirada al camión, mientras éste recuperaba su posición delante de él. *¿Pero qué diablos pasa contigo? Te pasé un par de veces y te hice perder la cordura? ¿Estás*

drogado, loco o qué? Mann asintió con la cabeza tensamente. Sí, eso es. No hay ninguna otra explicación.

Se preguntó qué pensaría Ruth acerca de todo esto y cómo hubiera reaccionado ella. Probablemente, ella hubiera empezado a tocar la bocina y continuaría haciéndolo porfiadamente, asumiendo que quizás atraería la atención de un policía. Miró alrededor con un gesto áspero. *¿Y dónde diablos encontraría policías aquí afuera?* Hizo un chasquido de burla. *¿Aquí, en el culo del mundo? Probablemente un sheriff a caballo, por el amor de Dios.*

Repentinamente se preguntó si podría engañar al camionero pasándolo por la derecha. Enfiló hacia la cuneta, mirando cauteloso hacia adelante. Ni soñarlo. No había espacio suficiente. El camionero podría arrojarlo de un empujón a través de esa cerca alambrada, si quisiera. Mann tembló. *Y sin duda lo haría, pensó.*

Mientras conducía, fue tomando conciencia de la cantidad de basura que yacía al costado de la carretera: latitas de cerveza, envolturas de caramelo, cartoncitos de helados, papel de diario amarillento y ajado por el clima, un cartel de madera rotulado SE VENDE partido por la mitad. *Conservemos limpio el país,* pensó sarcásticamente. Pasó una roca grande y redonda con el nombre WILL JASPER pintado con cal. *¿Quién sería Will Jasper?* se preguntó. Qué pensaría él acerca de esta situación?

Inesperadamente, el auto comenzó a brincar. Por un instante, Mann pensó que una de sus llantas se había desinflado. Luego notó que la pavimentación a lo largo de esta sección de carretera consistía en lomas de burro.

Vio que el camión también saltaba y pensó: *Espero que se te den vuelta los sesos.* Mientras el camión enfrentaba una brusca curva a la izquierda, Mann pudo vislumbrar fugazmente la cara del camionero reflejada en el espejo lateral de la cabina. No pudo distinguir lo suficiente como para establecer su apariencia.

—Ah —musitó.

Una colina larga y pronunciada se perfilaba adelante. El camión tendría que escalarla lentamente. Sin duda, allí habría una oportunidad para adelantársele. Mann aceleró, acercándose al camión tanto como la seguridad se lo permitiera. Casi a la mitad de la cuesta, Mann vio que el carril izquierdo se elevaba sin tráfico alguno en cualquier parte donde mirara. Pisando el pedal del acelerador, se disparó hacia la mano opuesta. El camión, que se movía trabajosamente, comenzó a arquearse enfrente de él. Con su rostro agarrotado, Mann dirigió su coche a toda velocidad a través del borde del peralte esquivando la maciza trompa de la mole, derrapando en la cuneta y levantando una espesa nube de polvo y tierra, haciéndole perder de vista el camión. Sus llantas zumbaron y crujieron en el ripio; luego, repentinamente, saborearon el pavimento otra vez. Chequeó el espejo retrovisor y un ladrido de risa hizo erupción desde su garganta. Sólo había tenido la intención de pasar. El polvo había sido un extra inesperado.

¡Dejemos que este bastardo olfatee algo de su propia mierda para variar!

Machacó el claxon gozosamente, con un ritmo burlón de bocinazos.

—¡Jódete, amiguito!

Irrumpió en la cima de la colina.

Un panorama sublime se tendía por delante: cerros soleados y llanuras, un corredor de árboles oscuros y parches cuadrangulares cultivados de un color verde claro; a lontananza, una torre acuífera. Mann se sintió relajado. *Hermoso*, pensó. Encendió la radio y comenzó a canturrear con la música.

Siete minutos más tarde, pasó junto a una cartelera publicitaria: CAFETERÍA DE CHUCK.

—No, gracias, Chuck —murmuró.

Distraídamente, divisó una casa gris construida en una hondonada.

¿Qué será eso...? ¿Un cementerio en el patio delantero o un grupo de estatuas de yeso en venta?

Oyendo un distante rumor detrás de él, Mann miró el retrovisor y sintió el frío del miedo recorrerle el cuerpo. El camión se estaba lanzando cuesta abajo en la colina, siguiéndolo.

La boca se le abrió involuntariamente y chequeó el velocímetro. Iba a ¡Más de 90! En un descenso curvo, ésa no era una velocidad segura para conducir; pero el camión debía estar excediéndola por un margen considerable, y la distancia entre ellos disminuía rápidamente. Mann tragó saliva, manteniéndose sobre su derecha mientras tomaba una curva cerrada. *De veras está loco*, pensó.

Su mirada se fijó adelante, escrutadora. Había visto un desvío a menos de medio kilómetro adelante y se decidió a tomarlo. En el espejo retrovisor, la enorme grilla cuadrada del radiador era todo lo que podía ver ahora. Pisó violentamente el acelerador y sus llantas chirriaron fastidiosamente mientras enfrentaba otra curva, convencido que el camión tendría que verse forzado a desacelerar.

Soltó un gemido cuando lo vio redondear la curva con facilidad; sólo el balanceo de sus inmensos tanques revelaron el esfuerzo que había invertido en girar. Temblando, Mann se mordió los labios mientras se lanzaba alrededor de otra curva. Un descenso directo ahora. Oprimió el pedal con más fuerza, mirando de reojo el velocímetro. ¡Casi 100 kilómetros por hora! ¡No estaba acostumbrado a conducir así!

Desesperado, vio pasar el desvío velozmente sobre su derecha. De cualquier manera, nunca hubiera podido haber salido de la ruta a esa velocidad; se habría volcado.

—¡Maldito seas, hijo de una gran puta!

Mann tocó la bocina con asustada furia. Repentinamente, bajó la ventanilla y sacó su brazo izquierdo para hacerle señas al camión.

—¡AMINORA! —gritó, y tocó la bocina otra vez—. ¡AMINORA, BASTARDO ENLOQUECIDO!

El camión estaba casi sobre él ahora. ¡*Va a matarme!* pensó Mann, horrorizado. Hizo sonar el claxon repetidamente, luego tuvo que usar ambas manos para agarrar el volante al driblar otra curva. De un vistazo, vislumbró el retrovisor. Pudo ver sólo la porción más baja de la rejilla del radiador. ¡Iba a perder el control! Sintió que las ruedas traseras habían comenzado a patinar y aflojó el pedal rápidamente. Los neumáticos volvieron a morder el camino, y el coche dio un brinco, recuperando su empuje.

Mann vio lejos y al fondo de la bajada, una construcción con un cartel donde se leía CAFETERIA DE CHUCK. El camión estaba ganando terreno otra vez.

¡*Esto es demencial!* Se quejó, enfurecido y aterrorizado. La carretera se enderezaba. Pisó el pedal: 110 ahora... 115. Mann se endureció, haciendo el intento de mantener su auto lo más cercano posible a su izquierda.

Abruptamente, comenzó a frenar; luego dio un cerrado viraje a la derecha, haciendo rastrillar su coche en el parque de estacionamiento frente al café.

Gritó cuando el auto comenzó a colear y luego patinó de costado.

¡*Domínalo!* gritó una voz en su mente. La parte posterior del coche se azotaba de lado a lado, y los neumáticos arrojaron mugre y nubes de polvo. Mann presionó duro el pedal de frenos, cambiando de dirección en el patinazo.

El coche comenzó a enderezarse y frenó más duro aún, mientras que de reojo era consciente del paso del camión y su acoplado rugiendo a toda velocidad en la carretera. En su giro, casi chocó de refilón uno de los autos estacionados allí y siguió derecho. Apretujó el pedal de frenos tan fuerte como pudo y las llantas se clavaron a casi una treintena de metros de la cafetería.

Mann permaneció sentado en un silencio nervioso, con los ojos cerrados. Sus latidos se sentían como martillazos

en el pecho. Tenía la impresión de no poder recobrar el aliento. Si alguna vez iba a tener un ataque cardíaco, ese sería un buen momento. Al cabo de un rato, abrió sus ojos y apoyó la palma derecha contra su pecho. Su corazón todavía palpitaba laboriosamente. *No era de extrañar, pensó. No todos los días te persigue un camión.*

Giró la manija y abrió la puerta. Al intentar salir, gruñó sorprendido cuando el cinturón de seguridad lo mantuvo sujeto al asiento. Con dedos temblorosos, oprimió el botón de liberación y se lo quitó.

Le dio una ojeada a la cafetería. *¿Qué pensarían los parroquianos al verlo aparecer en esa forma tan dramática?* se preguntó.

Salió del auto adolorido y caminó bamboleándose la distancia que lo separaba de la cantina. ¡BIENVENIDOS CAMIONEROS! Se leía en una cartulina puesta en el escaparate. Al verla, Mann degustó una vaga sensación de náusea. Tembloroso, abrió la puerta y entró, evitando la vista de los clientes. Era seguro que lo observaban, pero no tuvo fuerzas para afrontar esas miradas. Manteniendo los ojos fijos hacia adelante, caminó hasta la parte posterior y entró en el baño de caballeros.

Ya en el lavabo, abrió el grifo y colocó ambas manos en forma de copa bajo el chorro de agua fría y se lavó la cara. Sentía un revoltijo en los músculos del estómago que no lograba controlar.

Se enderezó. Tironeó de varias toallitas del dispensador y las refregó sobre su cara, haciendo una mueca por el olor del papel. Tirando las toallitas mojadas en la canasta detrás del lavatorio, se enfrentó a sí mismo en el espejo de la pared. *Permanece con nosotros, Mann, pensó. Asintió, tragando saliva. Sacó un peine del bolsillo y se peinó. Nunca se sabe, simplemente nunca se sabe. Vas de un lado a otro, año tras año, dando por hecho muchas cosas; por ejemplo, conducir en una vía pública sin que alguien haga el intento de atropellarte. Es que, dependes de esa clase de cosas.*

Entonces, contra toda probabilidad, esa cosa ocurre y no tienes nada de que aferrarte. Un acontecimiento insólito y todos esos años de lógica, valores y de civilización son despedazados en un segundo. De pronto, estás solo, enfrentando la jungla otra vez.

El Hombre: mitad animal, mitad ángel.

¿De dónde había sacado esa frase?

Se estremeció.

Allí afuera, había un verdadero animal vagando en su camión.

Su aliento era casi normal ahora. Mann se obligó a sonreír tensamente frente a su reflexión. De acuerdo, Mann, se dijo a sí mismo. Ya pasó. Fue una maldita pesadilla, pero ya pasó. Estás en camino a San Francisco. Te buscarás un bonito cuarto de hotel, ordenarás una botella de escocés caro, te darás un baño caliente, te relajarás y olvidarás. De acuerdo, pensó. Se dio vuelta y salió del cuartito.

Se paralizó a los tres pasos, boqueando y con su corazón aporreando su pecho; los ojos clavados en el gran escaparate rectangular de la cafetería.

El camión estaba estacionado afuera.

Mann le dirigió una vidriosa mirada incrédula. No era posible. Lo había visto pasar a toda velocidad. El camionero le había ganado; ¡TENÍA TODA LA MALDITA CARRETERA SÓLO PARA ÉL! ¿Para qué había vuelto?

Mann miró a su alrededor con pánico repentino. Había cinco hombres comiendo, tres a lo largo de la barra, dos en las mesas. Se maldijo a sí mismo por no haberles mirado las caras cuando entró. Ahora no tenía forma de saber quién era. Mann sintió que sus piernas comenzaban a temblar.

Abruptamente, caminó hacia la mesa más próxima y se deslizó torpemente en la silla. Espera, se dijo. Simplemente espera. Seguramente, habría alguna forma de reconocerlo. Camuflando su cara con el menú, recorrió la cantina con la mirada a través de la parte superior de la cartilla. ¿Sería aquél, el de la camisa caqui? Mann trató de ver las manos